

ALBERTO ESCALANTE VARONA: *La Escuela de Cruz: textos y autores del teatro popular en el Madrid ilustrado*. Cáceres: Universidad de Extremadura, 2020, 173 páginas. ISBN: 978-84-9127-066-9.

El presente libro ha sido galardonado con el premio Ópera Prima-Ana Holgado 2019, concedido por el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura, y forma parte de una colección que edita breves ensayos realizados por investigadores noveles que aún no han publicado ninguna monografía. Su autor, Alberto Escalante Varona, profesor de Filología Hispánica en la Universidad de La Rioja, dedica el libro a su familia y a su maestro, el catedrático Jesús Cañas Murillo, «madrileño que en Extremadura me enseñó que existía un teatro más allá de los Moratines». Y, ciertamente, se lo enseñó bien, pues en el ensayo se reivindica tanto la importancia del teatro español (y de la literatura, en general) del siglo XVIII como la obra prácticamente desconocida de esos dramaturgos y «poetas-tros» de aquella época que fueron marginados por nuestra historia literaria, a pesar del éxito y la popularidad que alcanzaron en su momento, y de los que, incluso, se desconocen importantes datos biográficos. Es el caso de Antonio Valladares de Sotomayor, Luis Moncín, Manuel Fermín de Laviano, Luciano Francisco Comella y Gaspar de Zavala y Zamora. Su trayectoria contrasta con la de los escritores clasicistas que se opusieron a ellos (Juan Pablo Forner, Nicolás Fernández de Moratín, Leandro Fernández de Moratín, Pedro Estala...) y que, al final, ganaron la batalla y los desprestigiaron de cara a un siglo XIX clave para la conformación del canon y de la Historia de la Literatura Española. Esta monografía intenta, por tanto, romper con esos estereotipos de que la literatura del Siglo de las Luces en nuestro país es mala, aburrida o de poca calidad y reivindica el papel fundamental de textos destacables, de dramaturgos exitosos que gozaron del favor del público, de, en definitiva, obras y autores poco conocidos y estudiados, y que han de ser entendidos en su contexto. El autor lo consigue. Su investigación es ardua y hay un minucioso trabajo de fuentes, al recopilarse los datos biográficos de los principales autores populares que desarrollaron su carrera literaria en Madrid durante la segunda mitad del siglo XVIII, contrastando su trayectoria literaria, sus rencillas, sus momentos personales (tanto buenos como malos), sin olvidar la convulsa situación sociopolítica, cultural y literaria que les ha tocado vivir. Alberto Escalante va relacionando muy bien entre sí todos estos parámetros, para ofrecer una completa panorámica del mundo teatral madrileño de la época

y desterrar de la historia de la literatura esa etiqueta arbitraria, denostada y cargada de prejuicios que los agrupaba a todos ellos como «Escuela de Comella», por ser éste el autor más conocido. En su lugar propone «Escuela de Cruz», nomenclatura más acertada al vincularlos con el dramaturgo que les sirvió de referente literario, que gozó del favor del público (fue el que más éxito consiguió) y que, sin embargo, fue respetado por la crítica (aprovechando todas estas circunstancias para promocionar y acercarse a la élite de poder): Ramón de la Cruz.

El autor se ha centrado especialmente en Cruz y en esos cinco autores vinculados al Madrid de la Ilustración, pero hay más dramaturgos españoles del XVIII que han sido denostados por la crítica, que Escalante cita en la introducción (Vicente Rodríguez de Arellano, Fermín del Rey, José Concha, Antonio Rezano o Antonio Bazo, entre otros), y que contribuyeron a mantener los teatros y a sostener la economía que envolvía las compañías teatrales. El libro, por tanto, sirve de acicate para que el propio autor u otros investigadores sigan indagando en la vida y la obra silenciada de todos ellos.

Otro problema añadido a la escasa información existente de los autores son los textos. Es cierto que, en teatro, sobre todo popular, prima la representación y la lectura es solo un complemento, pero necesitamos el texto para conocer la obra. No se puede apreciar lo que cuesta trabajo conocer y el siglo XVIII cuenta con un considerable patrimonio literario dormido en archivos y bibliotecas. Si, además, a sus autores se les califica maliciosamente de «poetastros», el interés que pudieron suscitar estas obras fue mínimo (como dice nuestro refranero, no hay mayor desprecio que no hacer aprecio). Afortunadamente, la percepción está cambiando y poco a poco se va avanzando y dando a conocer autores y textos interesantes desde el punto de vista histórico, literario y social. Esta monografía es un buen ejemplo. Siguiendo una línea cronológica, se adentra en el complejo mundo literario y teatral del Madrid ilustrado, que arranca con una introducción «Contra la Escuela de Comella» (págs. 13-26), en la que el autor da cuenta del origen y de los entresijos de esta etiqueta, para ir «desmontándola» en seis capítulos que abarcan diferentes segmentos temporales, desde 1750 (o, más bien, 1749, con la fundación de la efímera Academia del Buen Gusto) a 1808 (cuando el pueblo de Madrid se subleva contra las tropas francesas). Si tenemos en cuenta la coda final «La Escuela de Cruz» (págs. 151-161), podemos llevar la fecha hasta 1825 con las *Obras completas* de Moratín y que nos vuelve a remitir, a modo de composición circular, a la introducción con

la que comenzó su ensayo. Así, el primer capítulo (1750-1765) se centra en ese incipiente neoclasicismo español, que bebe de la *Poética* de Luzán y que rompe con la dramaturgia barroca en pro de un «teatro arreglado» (no en vano este segmento temporal comprende hasta el año en que se prohibieron los autos sacramentales); el punto de partida también puede ser la muerte de José de Cañizares, el dramaturgo más importante de la primera mitad del siglo y verdadero padre del teatro popular del XVIII, que cederá el testigo a Ramón de la Cruz; este da forma a un nuevo sainete, a través del humor y de la configuración de los personajes, y se va a consolidar como dramaturgo en esta primera época (tanto entre el pueblo como en la corte), provocando ya su éxito polémicas y agrias reacciones con los clasicistas por los constantes empeños de éstos en expulsar del teatro el desarreglo vulgar y en reformar textos y compañías. Así las cosas, el siguiente capítulo (1766-1780) aborda la figura del conde de Aranda y su ambicioso proyecto de reforma del teatro, propiciando la representación de obras neoclásicas. Esta reforma choca con el apoyo del público, por lo que los dramaturgos populares, con Cruz a la cabeza, logran la destitución del director de los teatros que había nombrado Aranda. En los dos capítulos siguientes, que comprenden la década de los ochenta del siglo XVIII, se ahonda en esas diferencias entre «moratinianos» y «comellistas», marcadas por el fracaso de la primera generación de neoclásicos por alcanzar el poder institucional y por la entrada en la escena popular madrileña de nuevos dramaturgos que tienen a Cruz como autoridad. El quinto capítulo (1789-1801) toma como fecha de partida la revolución francesa, aunque podemos remontarla un año antes, cuando Santos Díez González es nombrado censor en los teatros de Madrid y se aferra a su moral cristiana y a los principios estéticos clasicistas. Los autores populares tienen que someterse a esta censura y sus reglas. Es también la época de los ataques directos entre Moratín y Comella a propósito de *La comedia nueva* y de la creación de la Junta de Reforma de los Teatros, que terminará fracasando a comienzos de 1802 y será un duro golpe especialmente para Díez González y la segunda generación neoclásica. El último capítulo (1802-1808) estará marcado por el triunfo final de Moratín con *El sí de las niñas* y la prueba de que la poética neoclásica es compatible con el favor del público y el éxito económico. Alcanza así Moratín su estatus de autoridad literaria que rematará años después con la publicación de sus *Obras completas*, en las que da la estocada final a esos autores populares, representados especialmente por Comella, contra quienes tanto se enfrentó.

Escalante Varona en ningún momento se ha olvidado de ellos y, en cada capítulo, da cuenta de su situación, obras y proyectos. La «victoria final» de Leandro Fernández de Moratín marcará a esta generación de dramaturgos populares, pues su amigo Alberto Lista lo seguirá con la rotunda afirmación «nada es peor que la escuela de Comella».

Ciertamente, los eruditos ilustrados veían en el teatro un escenario perfecto para difundir la modernización del país y reformarlo (las representaciones transmiten costumbres y modelos de comportamiento); era una importante vía de acceso a la cultura y a la educación por parte de muchos ciudadanos en una época en que la alfabetización no estaba generalizada y había que aprovecharla y no malgastarla con esos sainetes populares que con frecuencia contenían actitudes que atentaban contra el «buen gusto» y la moral. Eran diferentes formas de entender la literatura y el teatro. Los autores populares tan solo pretendían entretener al público y no se preocupaban tanto de la calidad literaria, pero no por ello, como señala el autor, debemos desterrarlos de nuestro patrimonio cultural, pues forman parte de nuestra historia e, incluso, de nuestra idiosincrasia nacional. En diferentes épocas y en distintas literaturas hubo brechas entre literatura culta y popular (en la literatura helenística griega, o los mesteres de juglaría y clerecía de nuestras letras medievales), pero sería impensable intentar borrar una de ellas.

El libro se cierra con una completa bibliografía y goza de una cuidada edición, aunque hemos detectado algunas inevitables erratas (por ser muy pocas, nos permitimos anotarlas: un «dudarán» por «durarán», pág. 103; un «parece» singular, pág. 154; «postiiva», pág. 155; o una esquiva cursiva, pág. 165).

Felicitemos al autor por este ensayo que muestra un exhaustivo panorama teatral madrileño de la segunda mitad del siglo XVIII y que marcará el inicio de una prometedora actividad investigadora de la que esperamos seguir gozando de nuevos frutos.

Ramiro GONZÁLEZ DELGADO
Universidad de Extremadura
rgondel@unex.es

<https://orcid.org/0000-0001-5633-5625>